

EL MURO OCCIDENTAL o EL ARMARIO DE DIOS

A Miguel Jahuda lo conocí nada más salir de la terminal número 3 del aeropuerto Ben Gurión. Mi mujer y yo aguardábamos en un sheruth (un taxi colectivo) a que se completara el número de viajeros que el conductor considerara suficiente para justificar una carrera hasta Jerusalén. Entonces, junto con dos personas más, subió Miguel. Luego supe que habíamos volado juntos desde Madrid. Pero no recordaba su cara, ni él la mía: el trayecto es largo (casi cinco horas); pero entre doscientos pasajeros nadie reconoce a nadie, salvo, quizás, a uno que se sentara a tu lado. Eso fue lo que ocurrió con Miguel -pero en el taxi, no en el avión.

Cuando la furgoneta enfiló la autopista que conduce a Jerusalén, Miguel se dirigió a mí, diciéndome algo en hebreo (y lo hacía con ciertas vacilaciones, como si le costara trabajo encontrar las palabras y su orden). Le contesté, en castellano, que no entendía su pregunta. “¿De dónde sos?” -(era indudable su procedencia argentina). “Español”. “Ah, pues no hablás como ellos”. “O ellos no hablan como yo” -le repliqué, bromeando.

Durante el trayecto hasta Jerusalén charlamos de distintas cosas que afectaban a su país y al mío (la muerte reciente de Néstor Kirchner, el gobierno improvisador de Zapatero, la corrupción complacida del Partido Popular, etc.): esos asuntos triviales, de consumo, que se apresuran a aflorar como referencias voluntarias en las conversaciones inseguras o tentativas entre viajeros que acaban de conocerse.

Llegamos a Jerusalén y el sheruth nos dejó en el centro de la Ciudad Nueva, cerca de la estación de autobuses. Miguel tenía una habitación reservada en el

American Colony Hotel, ubicado en un lugar próximo a las murallas de la Ciudad Vieja; era el mismo establecimiento hotelero al que íbamos nosotros. Como estaba algo lejos, cogimos otro taxi que nos llevó al hotel.

Durante los días siguientes nos vimos en varias ocasiones; casualmente (el periplo había sido organizado por distintas agencias), hicimos juntos una excursión a Akko, la San Juan de Acre de los Cruzados, una ciudad enterrada por los escombros otomanos que lentamente vuelve a ver la luz gracias a la piqueta científica de los judíos; otra vez nos encontramos en la Puerta de Damasco y, ante su despiste, yo le indiqué la manera de llegar a la explanada de las Mezquitas (a través del estrecho pasadizo de Sub El-Qattanin, un ramal del largo y tumultuoso zoco que va de la puerta de Damasco al Muro Occidental), información esta que los guías judíos no proporcionan voluntariamente, o lo hacen con reticencia, tras advertirte de que entrar en el barrio árabe es arriesgado. Por lo general nos veíamos también a la hora de la cena en el hotel. Como Miguel estaba solo, me pareció amigable invitarle a que se sentara a nuestra mesa, y así lo hizo cuantas veces coincidimos. Durante las cenas -largas por el trajín confuso de los camareros palestinos- Miguel nos contó algo de su vida (y nosotros a él de la nuestra, pero aquí únicamente interesa lo relativo a Miguel).

Además de argentino, Miguel era judío, una condición que parecía en él algo accidental, quiero decir que su calidad de judío no gozaba de adhesión voluntaria alguna por su parte. La familia -el padre, sobre todo- lo había educado en una ortodoxia más o menos estricta; sin embargo, él había relegado a una zona de penumbra cuanto concernía a sus derechos y deberes como elegido de Jehová;

incluso el idioma lo tenía casi olvidado (de ahí la vacilación al hablar que yo observé en el taxi, el día de nuestro encuentro); y, desde luego, ningún signo externo revelaba en él al judío que era -al menos de raza. Por el contrario: hablaba con no disimulado desdén de aquellos judíos que, al llegar de visita a Israel, se apresuraban a tocarse con la kipá como queriendo demostrar, vacacionalmente, su fidelidad a una cultura, o más propiamente a una causa política, y, en no pocos casos, como gesto de desafío que no espera respuesta sino sumisión.

Llevaba varios años residiendo en España, en Madrid, concretamente, pero no había perdido nada de su deje porteño: hablaba con esa peculiar cadencia del hombre de La Plata, arrastrando las sílabas finales de cada palabra, como si subiera una cuesta empinada, y luego la bajara con suavidad cantarina. Nos aclaró que había venido a Israel únicamente para cumplir una promesa hecha a su padre poco antes de que el viejo muriera en Buenos Aires. Era una promesa "típicamente judía" -subrayó Miguel, trasluciendo en su voz una cierta incomodidad, e incluso disgusto: peregrinar a la Ciudad Santa, y depositar en su nombre una petición en el Muro Occidental, el Muro de las Lamentaciones. "Ese muro" -dijo Miguel- "debe de ser como un armario con un fondo insondable, de oscura profundidad; ahí se podría encontrar de todo, desde las peticiones más pías (curar una dolencia) a las más exaltadas (eliminar al enemigo). Pocos irán sencillamente a rezar".

Con cierta audacia, consecuencia de mi curiosidad a veces inconveniente, le pregunté qué petición era la de su padre.

-No lo sé -me contestó-. Mi padre la escribió en un papel, delante de mí, y la metió en un sobre; y además hizo una copia, que metió en otro sobre. Me dio los dos sobres cerrados, haciéndome jurar que nunca los abriría. Yo solo tengo que depositar uno de esos sobres en una de las rendijas entre las piedras el Muro.

-¿Y ya lo has hecho?

-No; lo quiero hacer mañana, a primera hora. A media mañana tengo una excursión a Jaifa, y el Carmel, vamos a llegar hasta Ros Hanikra, en la frontera con el Líbano, y al día siguiente regreso a Madrid. No había depositado el sobre porque aún tengo que darle a alguien el otro sobre, con la copia de la petición. No sabía a quién, aquí no conozco a nadie, y he pensado que tú podrías ser ese alguien. ¿Te importa?

-Bueno -accedí-. ¿Y a qué me obliga eso? -Y añadí: - ¿Tú crees en estas cosas?

-No, claro que no. Son paparruchas de creyente fanático; pero sí deseo cumplir mi promesa, y en los términos que me impuso mi padre.

Sobreentendí que la relación entre ambos no había sido buena, y que, en cierta manera, Miguel quería congraciarse con su padre, al menos para tranquilidad de su propia conciencia, respetando la promesa que aquél, seguramente, le habría exigido, más que pedido.

-¿Y qué hago yo con este papel?

-Lo lees dentro de un mes. Te dejo mi teléfono en Madrid, por si te apetece decirme algo, o llamarme cuando vayas por allí.

No volví a ver a Miguel. Supuse que, como me había informado, se acercaría muy temprano al muro, dejaría allí el sobre con la petición de su padre, y luego seguiría con su plan de visitar el norte de Israel.

Sinceramente debo decir que casi olvidé el sobre que me confió Miguel. Durante mi estancia en Jerusalén había escrito algunos versos, y a mi regreso a Las Palmas estuve bastante ocupado preparando su edición, tocado por una urgencia más de periodista que de poeta. Al releer las pruebas de imprenta del librito, uno de los poemas me recordó el Muro y, por asociación de ideas, el sobre. Ya había pasado un mes; lo abrí, y leí su contenido:

“Tú conoces, Señor, mi deseo: más que mi Salvación - que dejo en tus manos piadosas- deseo la de mi hijo, un hombre que, como sabes, ha vivido siempre de espaldas a Ti, desoyendo tu Palabra, y mis consejos. Si este papel llega a tus manos, es señal de que ha cumplido su promesa, redimiéndose con ello de toda culpa. Por eso te ruego, Señor, le concedas tu Misericordia, y no le des ocasión de pecar más, apartándose otra vez de Ti”.

Guardé la nota, y el sobre, pensando hasta dónde pueden llegar la fe y la credulidad de la gente, esa confianza ilimitada en Dios como proveedor de bienes y remediador de desdichas. Yo había tenido evidencias contundentes de esa irracionalidad observando a la multitud que, en la iglesia del Santo Sepulcro, se acercaba a la piedra que señalaba el lugar del Calvario donde fue crucificado Jesús, o a la losa donde fue ungido su cadáver antes de depositarlo en la tumba; hombres y mujeres caminaban en fila, lentamente, con una expresión de infinito arrobamiento en la cara; se arrodillaban trémulos ante ambas piedras, besándolas con fervor de amantes, y restregando su superficie con lo que tenían en la mano -un pañuelo, un chal, una cartera, un papel; luego pasaban esos objetos sobre su cuerpo y los guardaban en el seno, convertidos en reliquias de las que nunca se desprenderían. Aquellos rostros transparentaban la

necesidad de un milagro, y ese milagro era, posiblemente, la presencia en ellos de la fe. La nota del padre de Miguel constituía otra prueba de la extensión de esa credulidad tan ciega como firme: la roqueña terquedad en que termina convirtiéndose la adhesión a un dios. Los dioses eran distintos, pero idéntica la necesidad humana de su existencia.

Unas semanas más tarde tuve que hacer un viaje a Madrid por cuestiones familiares. Llamé al número de teléfono que me había dejado Miguel Jahuda. Me contestó alguien que se identificó como su compañero; me dijo con voz entrecortada que Miguel había muerto. Fue una de las casi cincuenta víctimas causadas por el incendio que arrasó el norte de Israel el mismo día en el que Miguel depositó la nota de su padre entre las piedras del Muro Occidental.

Lázaro Santana
Las Palmas de Gran Canaria, marzo 2011